

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL CORONEL LEONIDAS FLOREZ ALVAREZ EN EL ACTO VERIFICADO EN HOMENAJE AL GENERAL FRANCISCO JAVIER VERGARA Y VELASCO, Y EN REPRESENTACION DEL EJERCITO NACIONAL

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 54-55, Volumen XI
Segundo y tercer trimestres de 1957*

Tarea fácil y grata es hacer el elogio de la inolvidable memoria del General *Francisco Javier Vergara y Velasco*. No es preciso acuciar la mente ni escrutar polvosos archivos, para hallar su nombre, como quiera que brilló en el escalafón de los hombres de ciencia, ya que se prodigó generosamente en disciplinas diversas, para alcanzar renombre no solo en nuestra patria sino allende los mares. No obstante que su mayor actividad otorgó a los altos conocimientos geográficos, de lo cual la máxima comprobación está en su erudita *Nueva Geografía de Colombia*, obra ingente, traducida y comentada por Eliseo Reclus; que llegó a adquirir valiosos premios internacionales y condecoraciones meritisimas en el ramo geográfico, otros aspectos no menos importantes en las ciencias ocuparon su maravillosa actividad.

Recuerdo un día, cuando yo estaba explorando una librería de lance, al lado de varias personas, entre las cuales se encontraba un extranjero, geólogo de petróleos. Solicitó éste *La Nueva Geografía de Colombia*; e interrogado por uno de los presentes para qué pedía ese mamotreto, le respondió el estadinense:

—«Ustedes no saben valorar a sus hombres; este libro es la mejor guía que puede consultar un profesional de la Geología, como yo, para adelantar mis trabajos». Y adquirió el grueso volumen con notoria satisfacción.

Empero, de las muchas actividades en las cuales Vergara y Velasco señalase como disertor, la que me obsede es la referente a la crítica histórica, porque sus apreciaciones llevan el sello de su vehemente personalidad. Así es 1818, una obra valiente y pletórica de enseñanzas, en la que tuvo que vencer, con gran valor civil, los prejuicios de la época, cuando no era posible escribir sobre los grandes capitanes consagrados por la fama, sin que todo el texto estuviese grávido de aplausos y ditirámicas frases. Quien hubiese osado decir que Napoleón Bonaparte no fuera el triunfador de Marengo, la batalla que le donara un imperio, sino el infortunado General Deseé, con la última carga de caballería, cuando la acción estaba perdida, se habría tenido como un mentecato pretencioso; quien hubiese anotado las órdenes contradictorias de los factores tiempo y espacio de la estrategia, por el Libertador, durante ese año aciago de 1818, y presentado la prueba de tantos fracasos de esa campaña por la grave falta de haber escogido un objetivo no correspondiente con la razón como lo era Venezuela, o por mejor decir, Caracas, habría sido motejado de irreverente e incurso en redomada idiotez.

El General Vergara y Velasco entonces supo afrontar al pasar por la alquitara de la crítica los yerros del supremo jefe, que trajeron las acciones de La Hogaza, El Sombrero, El Semén, Ortiz, Cogedes y Calabozo, hechos de armas en donde se dilapidó un ejército organizado y disciplinado por el infortunado General Carlos Manuel Piar, en los vaivenes de efímeros triunfos y reveses, debido a carencia de metódicas directivas y la falsa apreciación de una situación militar. Esta obra, fruto de razonamientos profundos, brinda a los militares profesionales un ejemplo digno a seguir para apreciar las obras de los hombres por su valor intrínseco sin la lupa del prestigio y sin los espejismos de la fama.

Desde sus años mozos ingresó Vergara y Velasco a las fuerzas armadas. Adolescente asistió a la batalla de Garrapata en 1876, acontecimiento que aún espera el comentario de un historiador. Alcanzada la paz, la norma intelectual, afinada por los estudios en la Escuela Militar coronados con provecho, lo llevó a la fundación del primer periódico militar intitulado *El Ejército*, en cuyas columnas aparecieron interesantes escritos de su pluma novel sobre Artillería, Táctica, Historia Militar y Hoplogía. Las máximas estampadas por su mano, juvenil entonces, hoy son valiosas; baste saber que desde esa época lejana abogaba por la implantación del servicio militar obligatorio y el ejercicio continuo de las virtudes militares.

Puede decirse que Vergara y Velasco fue precursor de nuestra reforma, iniciada hace cincuenta años. Incansable en sus labores docentes, dio prestigio a las cátedras que se le confiaron para enseñar a sus educandos varias ramas del pénsum militar; entonces publicó obras sobre Historia

Militar y Geografía Militar, muy originales, como que contenían aspectos vernáculos de nuestro suelo y de la acción de los jefes colombianos en diversas campañas.

En los años de 1883 y 1884 esmaltó las columnas de *El Ingeniero* con sabias producciones, las que lograron darle auge a ese órgano de la tercera Escuela Militar. Entresaco este párrafo, oportuno entonces como hoy:

«El Ejército debe ser la grande escuela nacional, y debemos todos sus miembros esforzarnos en probar que los años consagrados a esa noble carrera no son perdidos para las fuerzas productoras del país, como algunos dicen: y en vez de una carga infructuosa, será el medio por el cual se levante el nivel moral e intelectual de Colombia».

Si se quisiera apreciar la universalidad de sus conocimientos, bastaría releer la *revista Anales de Ingeniería*, órgano de esa docta corporación; varios tomos podrían formarse de sus escritos sobre *Mecánica-Geodesia-Milicia y Selvicultura* y escritos en los cuales campean sus dotes de observación y las muestras de una ilustración brillante.

Tengo la visión de su persona cuando era alférez del Curso Militar de 1909; entonces los oficiales chilenos que dirigían, tanto nuestra Escuela Militar como la Escuela Superior de Guerra, plantel éste último integrado por los veteranos de la guerra civil de *los mil días* trabajaban en el terreno en ejercicios tácticos y servicio de campaña conjuntamente. Aquellos generales y coroneles que habían estado en la defensa de las instituciones, en campos como Palonegro, Tibacuy, Peralonso, Panamá y demás combates formaron una compañía como simples soldados, y como oficiales subalternos personajes como Vergara y Velasco, de capitán y de tenientes Pablo Emilio Escobar, Martín Antía, Gregorio Victoria y Francisco Palacio Pertuz, para no recordar otros. En esa inolvidable Compañía formada así para asuntos de instrucción, se destacaba el General Vergara, quien tenía un sólido prestigio de hombre de ciencia y era más conocido en centros culturales europeos que en su propio país, y constituía el mejor ejemplo de modestia y de decoro para todos los colombianos. Por demás está decir que él poseía un caudal mayor de conocimientos científicos que sus eventuales maestros.

Bien sé que estas líneas rápidas son insuficientes del todo para destacar las múltiples fases de este varón ilustre; sería menester un libro biográfico que contuviese una época pasada ya y que le sirviera de fondo.

Nacido en Popayán y procedente de una familia patricia, supo conservar las glorias ancestrales adquiridas por sus mayores, muchos de los cuales proyectan sus sombras sobre los murales de la patria, al modo de los antiguos gobelinos que exornan los castillos de los tiempos caballerescos. Hoy sus hijos, intelectuales en las ramas de las matemáticas y del derecho, en las que espigan con

notoria valía, asisten a este acto, dignificado por altas corporaciones científicas como las academias de Historia, de Geografía y de Ciencias, donde para recordación perennal de su memoria, se fijan los rasgos de su ser terrenal en el bronce laudatorio.

